

El manuscrito.

(Continuacion)

¡Ay! nada tengo que describirte sino ejecuciones: la de los girondinos resonó en Arcis-sur-Aube, pero no fué suficiente para sacar de su entorpecimiento á Danton.

Su jóven esposa estaba en cinta, y me escribía que su marido pasaba algunas noches dos y tres horas asomado á la ventana de su dormitorio, contemplando el campo, preocupado y pensativo.

Allí con los ojos fijos en el cielo, escuchando los rumores de la noche, aspirando la brisa, Danton, cuya religion no era sino el panteísmo, parecia prepararse á devolver á la naturaleza los elementos que de ella habia recibido.

El 3 de Diciembre apareció de nuevo fortalecido por la soledad y el reposo.

Habló en la tribuna con más elocuencia que nunca; pero nadie comprendió de lo que habia hablado. Apenas se fijaron en qué se habia presentado de nuevo en la Convencion.

El *Monitor* tenia orden de no publicar su discurso.

Encontró el vacío en torno suyo; sus más íntimos y fervientes amigos se habian unido con Robespierre; solo dos continuaban siéndole fieles; Bourdon de l'Oise y Camilo Desmoulins.

Recordarás aquel grito que lanzó Camilo cuando sentenciaron á los girondinos:

—¡Desgraciados! ¡Yo les he perdido!

El club de los jacobinos le pidió cuenta de aquellas palabras: Camilo escribía bien, pero hablaba mal. Era tartamudo, y Robespierre contaba con que tartamudeando no seria fácil que pudiera hacerse comprender muy bien.

Pero hé aquí que para hacer frente al defecto que le habia dado la naturaleza, su corazon le otorgó el poder de las lágrimas.

Sí; exclamó; sí, lo repito, me he equivocado. De los veintidos, siete eran nuestros amigos. ¡Ay! Sesenta amigos asistieron á mi boda; todos han muerto; no me quedan más que dos; Robespierre y Danton.

El discurso de Danton, que no habia sido ni fué impreso en el *Monitor*, era una especie de abdicacion de toda idea sin pretension política.

Dijo, lo que era verdad, que los dos años de lucha que habia sostenido no le dejaban ni orgullo, ni veleidad, ni vanidad. Lo mismo que Camilo, se unió á Robespierre, haciéndose subalterno suyo.

Su discurso concluía diciendo:

—Dios quiera que la república pueda hacer un día gracia á sus enemigos, como la hizo Enrique IV.

Dos ó tres dias despues pidió Robespierre con voz llorosa quinientos mil francos para los indigentes.

Cambon, el verdadero ministro de Hacienda, el dantonista Cambon, que sentia tanto entregar dinero, contestó bruscamente:

—Quinientos mil francos no es bastante; te ofrezco diez millones.

Los diez millones fueron discutidos y votados.

En fin, llegó el 26 de Diciembre; Robespierre reclamó en la Convencion que se activasen las sentencias revolucionarias.

Un partidario de Danton subió á la tribuna pálido y trastornado, diciendo:

Se va á guillotinar á un inocente, y esta es la prueba.

Se necesitaba ya retroceder hácia la clemencia de tal modo, que la Convencion votó una próroga, y más de veinte diputados se lanzaron fuera de la sala, unos para correr al palacio de Justicia,

otros á la plaza de la Revolucion, para impedir que se ejecutara á un *inocente*.

Esto dió esperanzas á los dantonistas y fueron más allá de lo que hubiera deseado Danton.

Bourdon de l'Oise, javalí con pelo rojo, dejó caer toda la responsabilidad de las precipitaciones sobre el agente público del comité de salvacion, Héron, agente secreto de Robespierre.

El immaculado, el puro Robespierre aparecia como ajeno de todo; no tenía relacion con la policía ni conocia á Héron.

Pero desde la casa en donde estaba el comité de salvacion pública, habia un corredor que comunicaba con Tullerías.

Allí era en donde los agentes de Héron iban á entregar á Robespierre los paquetes sellados para ponerle al corriente de todo.

Con frecuencia solian llevarle tambien pliegos de igual clase las niñas, las que los entregaban á las hijas de Duplay el carpintero, y allí los encontraba Robespierre al volver á su casa.

Una vez que concedia su confianza á una persona, la sostenia hasta la imprudencia, y esto aseguraba la impunidad á Héron, haciéndole insolente hasta el punto de insultar á los diputados.

Como habia muchos que tenían motivos de queja contra él, la proposicion de Bourdon de l'Oise fué aceptada; la Asamblea votó la prision de Héron.

Entonces se presentaron todos los robespierristas, los que habian recibido de su jefe la palabra orden. Aquella determinacion fué votada en su ausencia, y por consiguiente, si se llevaba á efecto Robespierre estaba perdido, ó por lo ménos cruelmente herido.

Primero pidió Couthon á la Asamblea que no retirase su confianza al comité de salvacion pública. Despues Moise Bayle probó que en varios asuntos habia dado Héron prueba de destreza y de astucia, y por último Robespierre, que hizo alardes de enternecimiento, que habló de las almas sensibles y de su ambicion para obtener la palma del martirio.

La prision de Héron fué revocada.

Si Héron hubiera sido preso, nuestro amigo Danton hubiera ocupado el puesto de Robespierre.

Bruné, el amigo íntimo, hombre determinado, hubiera puesto la mano sobre los satélites de Héron. Westermann daria de sablazos á Henriot, y sublevaria los arrabales con su amigo Santerre.

Entonces hubieran impuesto á Danton, el hombre popular por excelencia y que era deseado por la Convencion.

Pero salvado Robespierre, Danton estaba muerto.

Robespierre se habia visto al borde del abismo, y queria colmarlo con los cadáveres de los dantonistas.

Al verle pálido y tembloroso por el choque que habia recibido, Billaud le tomó la mano y le dijo en voz baja:

—¿Se necesita matar á Danton, no es cierto?

Robespierre hizo un movimiento de sorpresa por el atrevimiento de aquellas palabras.

—¡Cómo! dijo fijando sus ojos en los de Billaud; ¿asesinariais á los primeros patriotas?

—¿Por qué no? contestó Billaud.

—¿Pero vos? preguntó Robespierre.

—Sí; yo.

Robespierre mandó llamar á San Justo y á Couthon, y les dijo que habia quejas contra la inmoralidad y la corrupcion de Danton.

Couthon y San Justo lo celebraron.

Se dirigieron al comité de salvacion pública, en donde se empezó á hablar.

Lindet, empleado en las oficinas, avisó á Danton.

Danton se encogió de hombros.

—Pues bien, dijo, no importa; prefiero ser guillotinado más bien que guillotinado.

Al indicarle que apelara á la fuga, respondió:

—¿Creeis que se puede llevar á la patria en la suela del zapato?

—Por lo ménos ocultaos, le dijo.

—¿Se puede ocultar Danton?

Efectivamente, era difícil esconderlo.

De tal modo, que antes de que supiera que estaba juzgado preparaban un cementerio nuevo para él.

Sin embargo, Danton tenia el presentimiento de lo que iba á suceder. Danton nos refirió que al salir del palacio de Justicia con Soubervielle, jurado del tribunal revolucionario, y con Camilo en una de esas noches oscuras, sombrías y frias que inspiran siniestros pensamientos y que hacen desbordar los secretos del alma, se detuvo en el puente Nuevo y contempló el agua melancólicamente.

Soubervielle se acercó á él.

—¿Qué haces? le preguntó.

—Mira, ¿no te parece que el rio tiene color de sangre? dijo Danton.

—Verdad es, contestó Soubervielle; el cielo está rojo y detrás de esas nubes se ocultan lluvias de sangre.

Danton se volvió apoyándose en el parapeto.

—¿Sabes que al paso que van, dentro de poco no habrá seguridad para nadie? Los patriotas más fieles se verán confundidos con los traidores; la sangre que viertan los generales en los campos de batalla no les dispensará de verter el resto sobre el patíbulo; estoy cansado de vivir.

—¿Qué quieres, dijo Soubervielle, esas gentes empezaron por pedir jueces incorruptibles y acepté el puesto de jurado; pero ahora no quieren más que verdugos complacientes. ¿Qué puedo hacer? No soy más que un buen patriota ignorado y desconocido. ¡Ah, si yo fuera Danton!

Danton le puso la mano sobre el hombro.

—Danton duerme, dijo, calla; despertará cuando sea tiempo; todo esto empieza á causarme horror.

Soy un hombre de revolucion; no soy sanguinario... Pero tú, añadió dirigiéndose á Camilo, ¿por qué guardas silencio?

—¡Estoy cansado del silencio!... respondió Camilo; me pesa la mano; algunas veces he deseado tornar la pluma en puñal y dar de puñaladas á esos miserables. Mi tinta es más indeleble que su sangre; su mancha es inmortal.

—¡Bravo, Camilo! replicó Danton; empieza desde mañana. Tú has lanzado á la revolucion, á tí te toca contenerla; y descuida, mi mano te ayudará; ya sabes que es fuerte.

Tres dias despues apareció *El Viejo Franciscano*.

Hé aquí lo que decia al dia siguiente del encarcelamiento de Fabre de Eglantine, amigo de Camilo, en su número 6:

«Considerando que el autor de *Filinta* acaba de ser conducido al Luxemburgo antes de llegar al cuarto mes de su calendario; queriendo aprovechar el momento en que todavía tengo pluma y tinta y los piés en los morillos, voy á publicar mi fé política, en la que he vivido y moriré, sea por un cañonazo, sea por el puñal, sea con la muerte de los filósofos, como decia el compadre Mathieu.»

Este número violento anunciaba otro más violento todavía.

Ví que Camilo se perdía, y no olvidando que era uno de tus amigos á quien me habias legado y que me acogió á mi llegada á París, corrí á la calle de la Comedia Antigua, en donde Lucila me habia recibido varias veces en tiempos del poder de Danton y de Camilo, y en donde sus amigos aterrados iban á rogar á Desmoulins que se detuviera en la pendiente si todavía era tiempo.

Allí estaba un oficial muy patriota llamado Brune, el que me pareció atrevido. Almorzaba con Camilo y le recomendaba la prudencia. Pero Camilo se habia lanzado y miraba como una cobardía retroceder.

Le llevaron las pruebas, las corrigió con serenidad y continuó almorzando, diciendo:

—Milagro, ¡esta noche ha muerto un hombre en su cama!

Y despues, viendo que Brune se encogia de hombros,

—*Edamus et bibamus*, añadió en latin para que Lucila no lo entendiera, y creyendo que yo no le comprendia, continuó:

—*Cras enim moriemur*.

Me acerqué á Lucila, que estaba preparando el chocolate, y le dije lo que acababa de oír.

—Dejadle, dejadle, me respondió; que cumpla su mision; él salvará la Francia; aquellos que piensen de otro modo no probarán mi chocolate.

El sitio en que debian enterrar á Danton estaba elegido; no faltaba más que prenderle.

Camilo añadió la última gota que faltaba para que rebosara la copa, pidiendo un comité de clemencia. El 28 de Marzo nos avisó Danton que comía con Robespierre; algunos amigos de ambos habían hecho un esfuerzo postrero para reconciliarles.

Resolví permanecer en Sevres aquella noche para tener noticias de aquella reunion, cuyo pretexto era la comida.

Esta tenía lugar en casa de Panis, en Charenton.

Danton regresó á la una de la madrugada.

—¿Qué hay? dijimos al verlo entrar en casa.

—Nada, contestó; con ese hombre es imposible; no es un hombre; es un espectro.

No se sabe cómo atacarle ni por qué lado sorprenderle; no tiene nada de humano, y creo hemos quedado más enemigos que antes.

—Pero, en fin, dijo la esposa de Danton, ¿qué ha pasado? Dános más pormenores.

—¿Para qué? ¿Sé yo lo que allí han dicho? ¿Acaso se puede sacar algo en limpio de las palabras de Robespierre? Recriminaciones de ambos: me ha echado en cara Setiembre, como si no supiera que fué Marat el autor.

Yo le reproché Lyon y Nantes; de modo que en resumidas cuentas nos hemos separado peor que nunca.

Al día siguiente se esparcía el rumor de lo que había pasado.

Robespierre le dijo á Panis:

—Ya lo ves; no hay medio de atraer á ese hombre al partido del gobierno: dentro de él le corrompe; fuera, amenaza. No tenemos fuerza bastante para despreciar á Danton y somos demasiado animosos para temerle. Queremos la paz; el quiere la guerra, pues la tendrá.

Los amigos de Danton corrieron á Sevres suplicándole que conjurase la tempestad que se preparaba y suplicándole que resistiera.

—La Montaña es tuya y el carnicero Legendre; le dijeron unos.

—Las tropas son tuyas; dijo el alsaciano Westermann.

—La opinion pública está á favor nuestro, añadió Camilo Desmoulins, que á través de los números de *El Viejo Franciscano* sentía palpitar el corazón de la Francia.

Pero Danton no contestó á sus amigos más que con una sonrisa de indiferencia y de orgullo, diciendo:

—No se atreverán á un ataque contra mí; soy más fuerte que ellos.

Al día siguiente, el 31 de Marzo á las seis de la mañana, le prendieron á él y á sus amigos.

A quien más cruelmente hirió el encarcelamiento fué al infeliz Camilo.

Los gendarmes entraron en su casa para prenderle en el mismo momento en que rompía el sobre de una carta que empezaba con estas palabras:

«Tu madre ha muerto.»

Al mismo tiempo supo que Danton estaba preso.

—Está bien, dijo; iré á donde vaya él.

Abrazó á su hijo Horacio, que dormía en su cuna, y se entregó á los gendarmes.

Le condujeron á la cárcel del Luxemburgo, y llegó cuando llegaba Danton.

Ambos entraron juntos, y el primero á quien vieron fué á Hérault de Séchelles, quien aguardando la muerte jugaba á los bolos con los hijos del portero.

Al ver á Danton y á Camilo Desmoulins corrió hácia ellos y los abrazó.

Al esparcirse por Paris la noticia de su prision, causó una consternacion general.

XVI.

El manuscrito.

(Continuacion.)

Camilo Desmoulins era el más desgraciado y estaba como un loco.

Lloraba, se daba la cabeza contra la pared y llamaba á Lucila.

—¿Para qué sirven esas lágrimas? le dijo Danton; nos mandan al patíbulo, pues vamos alegremente.

Una voz les interrogó desde un calabozo inmediato.

Era la de Fabre de Eglantine.

—¿Quién eres, infeliz, preguntó, pobre desgraciado, que así te lamentas?

—Soy Camilo Desmoulins, contestó el preso.

Entonces se ha efectuado la contrarrevolucion, pensó Fabre de Eglantine.

Al entrar en el Luxemburgo y al pasar debajo del arco, que solo para morir se volvía á ver, Danton bajó la cabeza y murmuró:

—En esta época hice constituir el tribunal revolucionario; pido perdón á Dios y á los hombres.

El 2 de Abril, á las once de la mañana, condujeron á los acusados delante del tribunal.

Luisa, la esposa de Danton, estaba en cinta y no tuvo valor para asistir.

En la causa figuraban también dos ó tres hombres manchados por sus estafas, para que el público creyera cómplices de aquellos miserables á Danton, Camilo Desmoulins y Herault de Séchelles.

Al ver á Danton entre aquellos dos ladrones, Delaunay y Despagnae, el escribano no pudo contenerse; arrojó la pluma y fué á abrazar á Danton.

—Vuestra edad, vuestro nombre y el lugar de residencia, preguntaron.

—Soy Danton, contestó: tengo treinta y cinco años, y mi residencia será mañana la nada y mi nombre quedará en el panteón de la historia.

La misma pregunta le fué hecha á Camilo Desmoulins.

—Soy Camilo Desmoulins, y tengo treinta y tres años; la edad de Jesucristo.

Desde que estaba en la cárcel había escrito Camilo dos cartas á su esposa, las que había recibido Lucila.

Medio loca de dolor, andaba errante por los contornos del Luxemburgo, y Camilo, pegado á las rejas, procuraba verla, no pensando más que en ella y en la muerte.

Lucila se dirigió á Robespierre; le escribió recordándole que Camilo había sido su amigo, y que Robespierre asistió como uno de los testigos á su enlace. Robespierre no contestó.

Entonces la joven fué á ver á la esposa de Danton; quería que la acompañara en casa de Robespierre y que las dos, de rodillas, le pidieran la vida de ambos esposos.

La esposa de Danton no accedió.

—Aunque estuviera segura de salvarle, dijo, no cometería esa bajeza. El que se llama Danton puede morir, pero no debe envilecerse.

—Sois más grande que yo, dijo Lucila, y se marchó desesperada.

Inútil es hacer mención de su sentencia.

A las cuatro se presentaron los criados del verdugo para atar las manos de los sentenciados y cortarles los cabellos.

Danton les dejó ejercer su oficio y después se miró en un espejo.

—Han conseguido ponerme más feo que de costumbre, dijo; felizmente que así no me presentaré delante de la posteridad.

Camilo Desmoulins no había creído nunca que consintiera su muerte Robespierre; así es que, al ver entrar á los criados del verdugo, se entregó á un terrible acceso de cólera.

No esperó á que se acercaran, sino que se lanzó sobre ellos y luchó como un desesperado.

Fué preciso que le arrojaran al suelo y que le sujetaran para atarle las manos y cortarle los cabellos.

Cuando tenia puestas ya las cuerdas, rogó á Danton que le sacara del pecho un rizo de los cabellos de Lucila y que se los pusiera en la mano, porque deseaba estrecharlos al morir.

En la carreta iban catorce.

Durante el trayecto, Camilo no hizo más que apelar al pueblo.

—Pueblo, gritaba, ¿no me reconoces? Soy Camilo Desmoulins, soy el que hizo el 14 de Julio, el que te dió la escarapela que ostentas.

A estos gritos contestaba la multitud con insultos, interin Danton, procurando tranquilizarle, decia:

—Muere sereno y no te ocupes de esa ruin canalla.

Cuando llegaron á la calle de San Honorato, frente á la casa del ebanista Duplay, en donde vivia Robespierre, vieron que puertas y ventanas estaban cerradas.

El pueblo redobló su gritería:

Pero Danton se puso de pié en la carreta, y todos callaron.

—Por muy escondido que estés, dijo, oirás mi voz: ¡Te arrastro, Robespierre! ¡Robespierre, pronto me seguirás!

Y Robespierre oyó aquellas palabras, y aseguran que dijo, bajando la cabeza:

—Sí; tienes razon, Danton; inocentes ó culpables, todos daremos nuestras cabezas por la república. La revolucion designará á los suyos más allá del patíbulo.

Hérault de Séchelles bajó el primero; pero antes se volvió para abrazar á Danton.

El ejecutor no lo permitió.

—¡Imbecil! dijo Danton, ¿cómo evitarás que dentro de poco se besen nuestros rostros en la cesta.

Camilo Desmoulins subió el segundo y recobró sobre el cadalso toda su serenidad, y mirando la cuchilla roja de sangre, dijo:

—Hé aquí el término del primer apóstol de la libertad.

Y despues, dirigiéndose al verdugo,

—Harás entregar, le dijo, á la madre de mi esposa los cabellos que encontrarás en mi mano.

Danton subió el último. Jamás se habia ostentado más altanero ni más imponente. Miró con desprecio al pueblo á derecha é izquierda, y le dijo al verdugo:

—Les enseñarás mi cabeza; vale la pena.

Al día siguiente fui á Sevres para unir mis lágrimas con las de la viuda de Danton, pero encontré cerradas puertas y ventanas; la pobre familia, decapitado su jefe, habia partido sin decir á dónde.

Me dirigí á casa de Lucila; habia sido presa aquella mañana.

Ocho dias despues subió á la guillotina.

La muerte me privó de la única amiga que me quedaba; Paris era para mí un desierto.

Entonces cruzaron por mi imaginacion las ideas más siniestras.

Por un momento tuve intencion de abandonar la Francia y salir para América para buscarte y llamarte en aquel nuevo mundo.

¡Ay! Una cosa, en la cual hasta entonces no habia pensado, me dió el último golpe.

Me quedaban solo algunos cientos de francos; no tenia para pagar el pasaje.